

---

ROMANCE DEL LIC. VERDAD.

---

I

Agítase el mar del pueblo,  
Que en conflicto están los Reyes,  
Y la aherrojada colonia  
Pide cuenta de su suerte.  
Iturrigaray vacila;  
La Audiencia quiere perderle,  
Y en la lucha se despierta  
Y poderoso se siente . . . .  
Pero el hábito de esclavo  
Le refrena y le contiene,  
Y sin tener la licencia  
No se quiere ni que piense :  
Era el volcan encendido  
Hirviendo bajo la nieve;  
Era la rambla de arena

En que saltara el torrente;  
 El trozo de dinamita  
 Que con el choque más leve  
 Hace pedazos los hierros  
 Y hará los tronos perderse.  
 El sesudo Ayuntamiento  
 Que al pueblo la vida debe,  
 Con el Virey se acompaña,  
 De libertad lleva el gérmen,  
 Y cuenta con concejales  
 Decididos y valientes.  
 En la junta que convoca  
 El Virey, era de verse  
 La infamia de los oidores,  
 Falsos y orgullosos siempre;  
 De Iturrigaray la astucia,  
 Y á un edil, jóven imberbe,  
 Arrostrando el recio empuje  
 De los serviles alevés,  
 Que de este modo prorumpe  
 Con asombro de la gente:  
 “No permanezcas cuitado,  
 “Pueblo, levanta la frente,  
 “*Que tú eres el soberano*  
 “*Y tú harás obedecerte;*  
 “Pueblo, levántate osado,  
 “Porque tú sólo eres fuerte,  
 “Y tú sostienes los tronos

“Y haces y deshaces reyes.”  
 Y vibraba aquel acento  
 Tan sublime y elocuente,  
 Que el escándalo y la rabia  
 Quisieran desaparecerle.  
 Y érase un hombre nervudo,  
 De ojo audaz, erguida frente,  
 La talla dominadora,  
 Hermoso, expresivo, fuerte,  
 Con la emoción irradiando,  
 Como un monte que se enciende.  
 Los Oidores, iracundos  
 En sus sillas se estremecen;  
 El Arzobispo se indigna  
 Y maldice al insolente.  
 ¿Quién es ese temerario,  
 Quién es, pregunta la plebe?  
 —“Es Verdad, el Licenciado,  
 “Regidor que nada teme,  
 “Y que logrará atrevido  
 “Tan sólo comprometerse.”

---

Pasaron días y días;  
 El tiempo trascurrió breve;  
 En olvido las rencillas  
 De aquellos lances parecen;  
 Pero el odio en los serviles

Escondido se mantiene,  
 Como entre marchitas yerbas  
 El nido de la serpiente.

---

 II

“¡Vive Dios que he de mataros  
 Si se escucha el menor ruido!”  
 Y el acento era tan ronco,  
 Y era tan oscuro el sitio,  
 Y es el rumor tan extraño,  
 Tan estrecho el pasadizo,  
 Tan húmedo, y con un tufo  
 Tan insano y opresivo,  
 Que en el fondo de una tumba  
 Parece lo sucedido.  
 De una encubierta linterna  
 Se escurren sutiles visos  
 Que más que gentes, fantasmas  
 Mal alumbran, y vestiglos.  
 Esos bultos se agrupaban  
 A otro bulto con ahinco,  
 Debajo de cuyas ropas  
 Se escuchan sordos gemidos,  
 Y le estrujan y le arrastran,  
 Y el mártir en hondo ahogúo  
 Se detiene y se adelanta

En un reluchar continuo.  
 De cadenas y cerrojos,  
 Oyense agudos crujidos.  
 Tuercen escaleras, pasan  
 De hondo calabozo un quicio  
 Y “aquí” . . . . les marca el acento  
 Con su tono imperativo . . . .  
 En lo intenso de la sombra  
 Se escuchan siniestros ruidos;  
 Mas todo tan misterioso,  
 Mas todo tan confundido,  
 Que era el espanto del alma  
 Y el terror de los sentidos;  
 Y cuando en aquel conjunto  
 De la linterna algun hilo  
 De luz filtra, se ve un todo  
 Pavoroso, indefinido,  
 Y algo como forma humana  
 Sujeto á horrendos martirios.  
 Sigue la lucha . . . . un instante  
 Hay de estupor infinito . . . .  
 Un momento la luz brota  
 Con reverberante brillo,  
 Y alumbrá atado á una soga  
 Y de un clavo suspendido  
 A un hombre que se columpia  
 Ahorcándose convulsivo;  
 Pero era luz de relámpago

La que un punto ha aparecido . . . .  
 Todo lo envuelve la sombra,  
 Y el cortejo de asesinos  
 Oyó contra las paredes  
 Golpes, y escuchó gemidos  
 Que con sus fauces de piedra  
 Devoraba aquel abismo . . . .  
 Cuatro días cuenta Octubre  
 Y ocho años contaba el siglo  
 Que en el seno de sus noches  
 Vió perpetrar el martirio . . . .

---

 III

Todo la paz anunciaba,  
 Ya ni hay motin ni conflictos,  
 Sus puertas abren las tiendas  
 Y sus tesoros los giros.  
 De pronto en rumor confuso,  
 El patriota compungido  
 Anuncia: Verdad ha muerto,  
 Se arrojó ciego al suicidio;  
 Otros dicen que un veneno  
 Cortó de su vida el hilo,  
 Y otros que cobró la muerte  
 Su tributo cuando quiso.  
 El pueblo incrédulo escucha

Sin dar de amargura signo;  
 Pero graba en sus recuerdos  
 A su defensor querido  
 Para cuando tome cuentas  
 A sus verdugos malditos.

---

 IV

Como rayo cruza el tiempo,  
 Y los años así vuelan;  
 Vierte sus ópimos frutos  
 La adorada independencia,  
 Y el brazo de la Reforma  
 Con su inflexible barreta  
 El pasado desmorona  
 Dejando escombros en tierra.  
 Con las paredes del claustro  
 Se abatieron las barreras  
 Que la luz por tres centurias  
 Tuvieron como represa.  
 La mazmorra pavorosa  
 Donde aconteció la escena  
 Que nos refirió la historia  
 Con voz misteriosa y trémula,  
 Era en la calle cerrada  
 Ahora de Santa Teresa,  
 Y del viejo Arzobispado

La prision honda y siniestra,  
 Va á convertirse en estancia  
 Amplia, alegre y opulenta  
 Para don Joaquin Alcalde,  
 Que trasforma y hermosea  
 Aquellos antros de cárcel  
 Tornándolos ricas piezas.  
 Al derribar las paredes  
 Y al raspar las que en pié quedan,  
 Descubren los albañiles  
 Un hoyo . . . . borradas letras,  
 Algunas manchas de sangre  
 Y de piés y uñas las huellas . . . .  
 Gritan, acude la gente,  
 Se inquiere, limpia y despeja  
 El muro, y se mira claro  
 Con estupor y sorpresa:  
 “ *Este es el hueco del clavo*  
 “ *En que la justicia eterna*  
 “ *Colgó á Verdad don Francisco,*  
 “ *De sus delitos en pena.*”

La inscripcion guardó la historia,  
 Y hoy en sus anales queda  
 Como una huella de sangre  
 Y de Garibay afrenta.

---

ROMANCE DE VENEGAS.

---

Al repicar las campanas  
 Y al clamor de las trompetas,  
 Con pompa de batidores,  
 Y alabardas, y calesas,  
 En México la grandiosa,  
 Entró su Virey Venegas:  
 Viene á desfacer entuertos,  
 Le llaman diestro en la guerra,  
 Valiente el frances le dice,  
 Y se ensalza su prudencia.  
 Un catorce de Setiembre  
 México miró la fiesta  
 De su entrada, y con sus gentes  
 Cubrió plazas y azoteas.  
 Las mujeres, en voz baja,  
 Elogiaban su presencia;

Los criollos, á sus censuras  
 Abren fáciles la puerta,  
 Por las modas que introduce  
 Y causaban extrañeza.  
 Él adoptaba la *furia*,  
 Desterrando la coleta,  
 Pantalón y grandes botas  
 En vez de zapato y media.  
 Le adulan más que humillados  
 Gachupines y chaquetas,  
 Y él va marchando severo  
 Con precaución y firmeza,  
 Valor poniendo en las almas,  
 Tiento poniendo en las lenguas.  
 Le rinde la tropa honores,  
 Incienso y cantos la Iglesia,  
 Los nobles respeto y honra,  
 Y cuasi culto la Audiencia.  
 Cariñoso el Arzobispo  
 No se aparta de su diestra,  
 Y el buen Garibay don Pedro,  
 Que de vejez bambolea,  
 Asídulo le hace la corte  
 Con sumisa reverencia.  
 Todo promete ventura,  
 Todo el porvenir alegre;  
 Apenas queda algún rastro  
 De la pasada tormenta,

Como en el frondoso bosque  
 Cuando el huracán se aleja  
 De corpulentas encinas  
 Ramas besando la tierra . . . .  
 ¡No te embriagues con tu dicha,  
 No la amamantes, Venegas!  
 Que no espirarán los ecos  
 Que levantan estas fiestas,  
 Sin que una voz no te diga,  
 Llegando triste á tu oreja:  
 “ Vienes á los funerales  
 “ De la España y su grandeza,  
 “ Y esa *canalla* que se alza  
 “ Y que tú propio desprecias,  
 “ Será el invencible pueblo  
 “ Que logre su independencia.”

---

ROMANCE DEL CORREGIDOR Y LA CORREGIDORA

DE QUERÉTARO.

---

Con el rostro descompuesto,  
La faz lívida de espanto,  
Trémula, y por los sollozos  
Tartamudeando los labios,  
Toma la Corregidora  
A su marido del brazo,  
Y en retirado aposento,  
Después de que hubo cerrado,  
Y cierta de que están lejos  
Las palabras y los pasos,  
La majestuosa matrona  
Así estalla en su relato:  
“ Domínguez, somos perdidos,  
“ El complot han denunciado;  
“ Ya se decretan prisiones,  
“ Ya se levantan cadalsos:  
“ Ya aprehenden á los amigos  
“ Que están aquí refugiados,

"Y marchan resueltas tropas  
 "Por Allende y por Hidalgo.  
 "—Sálvense—Domínguez clama:—  
 "Salvémosles, á salvarlos;  
 "Valor! porque es nuestra causa,  
 "—Valor! por ella muramos!"  
 Y la sublime matrona,  
 Que era de beldad un pasmo,  
 En instantes se trasforma  
 Como amparo de los náufragos;  
 Y apasionada, divina,  
 Arrollando los obstáculos,  
 Hace difundir la nueva,  
 Pone patriotas en salvo,  
 Y procura que desmientan  
 Al delator obcecado,  
 Que era, segun se refiere,  
 Un tal Galvan don Mariano,  
 Empleado en la Estafeta . . . .  
*Chaqueta* y cristiano rancio;  
 Pero ante todo, dispuso  
 Enviar un aviso exacto  
 A Ignacio Allende, y consigue  
 Tanto empeñar al enviado,  
 Que se apodera atrevido  
 De un corcel que encuentra al paso,  
 Y hasta San Miguel el Grande  
 Vuela, sin darse descanso.

Allende sabe el suceso,  
 Busca á Aldama sin retardo,  
 Y con audaz arrogancia,  
 Briosos y resueltos ambos,  
 A Dolores enderezan  
 Las riendas de sus caballos,  
 Y veloces como flechas  
 Vuelan, los aires cortando.  
 Era don Ignacio Allende  
 Alto, rubio, bien plantado,  
 Cuello erguido, ancha la espalda,  
 Suelto y poderoso el brazo,  
 Crespa, alborotada *furia*,  
 Andar resuelto y con garbo,  
 Ver audaz, azules ojos,  
 Ardientes, limpios y claros;  
 Ginete entre los ginetes,  
 Cual soldado, temerario,  
 Complaciente en los festines,  
 Comedido en los estrados,  
 Lidiando toros, prodigio,  
 De caballeros dechado.  
 De la Reina el Regimiento  
 Le vió capitan bizarro,  
 Y á la par le festejaban  
 Las ciudades y los campos.  
 Aldama, su compañero,  
 Era tambien hombre guapo,



Con valor, pero prudente:  
Firme, pero con recato:  
Era del honor asombro,  
De su palabra era esclavo,  
Y una vez que hubo resuelto  
Correr la suerte de Hidalgo,  
Fué su dignidad ejemplo,  
Y bravo, entre los más bravos.

---

Cruzan montes y veredas  
Los hombres que hemos pintado,  
Y el resoplar en silencio  
Se escucha de sus caballos,  
O el tropel, entre las piedras,  
De sus resonantes cascos.  
Así á Dolores penetran,  
Leguas diez atravesando,  
Y enfrente de las ventanas  
Altas, sin rejas, en bajo,  
De la habitacion del cura,  
Los ginetes hacen alto.  
Reina en las calles la noche  
Y el silencio en el espacio.  
El pueblo estaba desierto,  
No hay un rumor en los campos,  
El río tranquilo suena,  
Y es todo sueño y descanso.

---

